

# Sobre Friedrich Engels\*

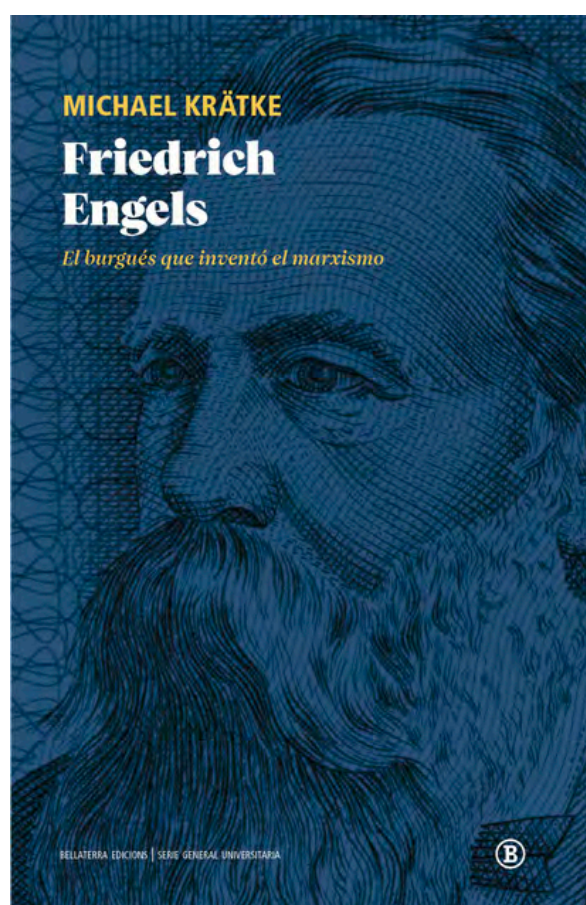
María Ayete

Universidad de Burgos

Podría haber titulado este texto «Engels, el primer marxista» o, todavía mejor, «Sin Engels, ni Marx ni marxismo». Finalmente, y como queda patente más arriba, he optado por algo menos ingenioso, que no menos apropiado. ¿Apropiado? ¿Por qué «apropiado»? Por dos motivos: el primero, porque el libro de Michael Krätke es la biografía de Friedrich Engels, o sea que en estas líneas vamos a hablar de Engels; el segundo, porque, por una vez, vamos a intentar hablar de Engels y no de Engels y de Marx, o de Engels y el marxismo. Lo dice estupendamente bien Krätke en su biografía: siempre que se habla de Engels se habla de Marx, pero qué pocas veces pasa en la dirección opuesta. Yo tampoco quiero ir, en realidad, en esa dirección opuesta. Mi objetivo es otro. Más radical, si queremos decirlo así: yo pretendo hablar de Engels sin nombrar a Marx, aunque, es verdad, ya lo estoy nombrando... Corramos un tupido velo. El ejercicio que pretendo no es baladí; aunque pueda parecerlo, no es gratuito. Pocas, muy pocas veces, se ha prestado atención a la figura de Engels en su individualidad. Vamos a intentar hacerlo.

*Friedrich Engels. El burgués que inventó el marxismo* no es una biografía al uso. Es de-

\*Reseña de: Michael Krätke, *Friedrich Engels. El burgués que inventó el marxismo*, Barcelona, Bellaterra Edicions, 2020, 170 pp



cir, no es un texto centrado en los episodios más relevantes o anecdóticos de la vida de Engels. Es, al contrario, una biografía que trata de compendiar las aportaciones más importantes del pensador alemán a disciplinas tan dispares como la sociología, la economía y la teoría política, la ecología o la guerra y subrayar lo peculiar de su condi-

ción: socialista radical con levita, corbata y sombrero de copa, hijo mayor de empresario de éxito en la industria textil. Formado para continuar la estela de su progenitor y sin estudios universitarios, Engels es, al fin y al cabo, un capitalista que en la bolsa de Manchester tiembla de gozo y entusiasmo ante la perspectiva de una nueva recesión.

Con apenas 24 años publica por primera vez con su nombre, aunque lo hará bajo pseudónimo o de forma anónima en multitud de ocasiones anteriores y posteriores (la modestia, una de las muchas virtudes del genio). Es un Engels sin duda joven el que se da cuenta de la importancia de los hechos económicos como fuerza histórica fundamental en el mundo moderno, como pilar constituyente del antagonismo de clase. La importancia de este hallazgo para la economía política es obvia, así como lo es otra de sus grandes iluminaciones: que el capital es una relación, el resultado de una ruptura o división del trabajo, con sus constantes variaciones, equilibrios y desequilibrios. Engels planta las semillas («auténticas perlas», dice Krätke) de lo que poco tiempo después irá floreciendo, tomando forma.

Punto y aparte merece *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, un ensayo que Krätke no duda en calificar como «clásico de la sociología urbana». Clásico o no, lo que es un hecho es que en él se describen por primera vez —y, muy importante, de primera mano, es decir, tras un concienzudo trabajo de campo— las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y se realiza un análisis de las relaciones entre urbanismo y segregación. El gran resultado de la victoria de la fábrica sobre el taller es, para el joven Engels, uno: la aparición de una nueva clase, el proletariado moderno extenuado por jornadas labores de 12 horas sin días libres frente a la clase propietaria de terratenientes y capitalistas. Esta nueva clase social es

libre, pero al mismo tiempo no lo es: solo hace falta quedarse sin trabajo para corroborarlo. Es sencillo: mantienes tu libertad personal, pero no tienes más remedio que buscar a quien compre tu fuerza de trabajo (tu vida). Ese es el estatus del asalariado moderno: ni esclavo ni siervo, sujeto libre, mercancía él mismo y a su vez poseedor de mercancía en un terreno laboral (y, después, vital) vuelto mercado. *La situación de la clase obrera en Inglaterra* muestra por primera vez una descripción completa de nada más y nada menos que los comportamientos cíclicos de la industria moderna. Es 1845 y Engels tiene 25 años: todavía le quedan muchas cosas por decir.

En *La revolución de la ciencia del señor Eugen Dühring* (el *Anti-Dühring*) señala, por ejemplo, el punto nodal de la crítica al capitalismo marxista clásica: que nada es natural en la dinámica capitalista, aunque así nos lo parezca, y que, por lo tanto, tampoco son naturales las leyes económicas que gobiernan dicha dinámica, mientras que en el popular y sin duda influyente *El desarrollo del socialismo de utopía a ciencia* subraya la expansión constante como raíz de ser y forma de vida del capitalismo. Pero hay más, porque que las condiciones materiales determinan social e históricamente todo descubrimiento científico en la medida en que determinan las condiciones del trabajo científico también se lo debemos a él. Por otro lado, hablar de Engels como ecologista *avant la lettre* es, tal vez y como afirma Krätke, demasiado. Sin embargo, lo que no puede obviarse es la preocupación del alemán por la destrucción medioambiental causada por el nuevo modo de producción industrial: la contaminación del agua, la destrucción del paisaje, la sobreexplotación de los suelos, el agotamiento de los recursos naturales... No podemos olvidar que, ya en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels dedica páginas enteras a

enumerar y concretar los daños medioambientales derivados del capitalismo industrial y cómo estos influyen en la vida de los trabajadores y habitantes de las ciudades. Consecuencias, pero también, y por supuesto, causas: privatización de la tierra, competencia entre empresarios agrícolas, sobreproducción.

Esta suerte de lista podría continuar, pero entonces tal vez desecharían la idea de acercarse a la *biografía* de Krätke, porque ya se lo estaría explicando todo yo, y no es esa la cuestión: lo que pretende precisamente esta reseña es lo opuesto. La obra de Krätke es una obra básica para todo aquel que busque una introducción al pensamiento de

Engels, porque su mayor logro es sin duda el esfuerzo por anteponer las contribuciones intelectuales del alemán a amistades y chascarrillos. Vale la pena acercarse a ella. A fin de cuentas, y como sostiene el propio Krätke, «de Engels, a sus doscientos años, puede hoy aprenderse lo que es una crítica al capitalismo apropiada o cómo tener las ambivalencias del desarrollo capitalista en mente». ¿Les parece poco? Engels piensa histórica e interdisciplinariamente, dos atributos, no me lo discutirán, fundamentales para todo pensamiento crítico. Sus textos están ahí, doscientos años después. ¿Por dónde empezar? Tal vez por *Friedrich Engels. El burgués que inventó el marxismo*.